REFLEXIONES EN TORNO A LA IDEOLOGIA DE EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA *

Una de las anomalías que se presentan con más frecuencia en el desarrollo de la crítica literaria hispanoamericana es el caso del escritor que ha dominado el ambiente intelectual de su época y que a final de cuentas recibe una mención mínima en los manuales de literatura. Si éste es el caso de un novelista o de un poeta, cabe esperar que en el futuro las aberraciones de la crítica positivista se suavicen y den a su producción una perspectiva adecuada. Para el cultivador del ensayo, perenne habitante de una zona de penumbra en la crítica literaria, este tipo de justicia resulta más hipotética.

Tal es el caso de Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964), poeta, dramaturgo, cuentista y extraordinario ensayista argentino. Pocos de sus contemporáneos podrían igualar su éxito en los medios literarios (1); Jorge Luis Borges llegó incluso a considerarlo «nuestro mejor poeta contemporáneo» (2). Aún más significativo es el hecho de que la generación siguiente, es decir, la que se configura en las cercanías de 1950 (3), en su replanteamiento fundamental de la relación entre artista y sociedad, afirmó rotundamente la continuada vigencia del autor, aunque no siempre la viabilidad de su método.

---

* La traducción al castellano de los originales ingleses ha sido realizada por el autor de este artículo.

(1) Ganó tres importantes premios literarios de poesía: Tercer premio Nacional de literatura de 1922, primer premio Municipal de literatura de 1927, primer premio nacional de literatura de 1929 y sus ensayos ganaron el segundo premio nacional de literatura *(Radiografía de la pampa)*, 1937 y el premio de la Casa de las Américas *(Análisis funcional de la cultura)*, 1960. Y aún de más relieve fue su proposición para el premio Nóbel en 1949 por la Sociedad Argentina de Escritores.

(2) J. L. Borges *et al.*: *Antología poética argentina* (Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1941), p. 9.

(3) Corresponde con la proporción generacional de Juan José Arrom: los nacidos alrededor de 1924 que llegaron a manifestarse justo después del planteo sociopolítico de la época peronista. Al rechazar a los «padres», rechazaron también la importancia, desmesurada, según ellos, concedida a la renovación de la técnica literaria. Véase, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas: ensayo de un método* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1963), pp. 19, 220-221. Coincide este grupo (entre otros, Rodolfo A. Borello, David e Ismael Viñas, León Rozitchner) con otras manifestaciones de la llamada «literatura de medio siglo» que se dio en otras partes del continente, sobre todo en Chile y Río de la Plata.

La importancia concedida a Martínez Estrada por esta generación iba a estribar precisamente en su singular método de exposición del malestar espiritual de la Argentina. En 1955, en una de las principales revistas, Rodolfo A. Borello escribió:

> No es exagerado afirmar la importancia y el influjo que ejerce hoy la obra de Ezequiel Martínez Estrada. La *Radiografía,* su magistral estudio de Buenos Aires, sus interpretaciones de Hudson y el agotador trabajo sobre *Martín Fierro* justifican una vida dedicada voluntariamente a los problemas de nuestro país y a la dilucidación de sus aspectos esenciales [...] si hoy nos enfrentamos una [sic] realidad erizada de interrogantes, si hoy nos preguntamos por las causas de un sinnúmero de hechos, es él quien los planteó y señaló con honda agudeza (4).

Pero se siente obligado, no obstante, a añadir que la insistencia de Martínez Estrada en lo inexorable de las escondidas fuerzas psíquicas y telúricas de la historia argentina (tan fundamental para la tesis de *Radiografía de la pampa)* en última instancia, alienaba a los que no podían compartir las pesimistas conclusiones a las que le llevaba su inteligencia altamente intuitiva:

> No creemos en la presencia de esas fuerzas invisibles, tampoco podemos aceptar como arma para la lucha ese estado de ánimo que nos lleva a la resignación antes que a la callada conciencia de nuestros males, y al estudio de sus posibles soluciones [...]. Hundirnos en el infierno no es la mejor forma de empezar a salir de él (5).

Se puede fácilmente implicar que esta situación no carecía de ironía. La única figura intelectual de la generación anterior que ideológicamente poseía afinidad con las preocupaciones principales de los «parricidas» (como los ha llamado Emir Rodríguez Monegal) concluía por alienarlos (6). Es, no obstante, esta alienación la que requiere un comentario, ya que Borges y Mallea, cuya relevancia se había puesto asimismo en tela de juicio, no han experimentado finalmente la misma negación (7).

Cuando el ensayista optó por exiliarse en México y Cuba en 1959, estaba plenamente convencido de ser un incomprendido, y el tono

---

(4) Rodolfo A. Borello: «Dos aspectos esenciales de la *Radiografía de la pampa», Ciudad* (Buenos Aires), I (primer trimestre, 1955), p. 24. *Contorno* (Buenos Aires), era la otra revista de la generación; ambas dedicaron amplio espacio a Martínez Estrada, *Contorno* un número íntegro.

(5) *Ibid.,* p. 30.

(6) Aunque las observaciones de Borello resumen de manera bastante exacta las actitudes de la generación, Martínez Estrada sí dejó discípulos, el más famoso de los cuales es H. A. Murena.

(7) Las actitudes de la nueva generación hacia Borges y Mallea se encuentran bien documentadas en Emir Rodríguez Monegal: *El juicio de los parricidas* (Buenos Aires: Deucalión, 1956).

altamente patético de sus discursos y escritos de este período revela la imagen que de sí mismo tenía como profeta inexorablemente conducido a terribles sacrificios en expiación por los pecados históricos de su pueblo (8). La crítica literaria se ha contentado hasta la fecha con atribuir el fracaso final de Martínez Estrada únicamente a causas temperamentales, excesos poéticos en la prosa, o a excesos de clase, según algunas opiniones marxistas (9). Sean cuales fueren los méritos

---

(8) En una carta a Carlos Albarracín Sarmiento, en diciembre de 1959, escribía el ensayista:

> Estamos en México y pienso quedarme, si es posible, el resto de mis días. Aquí me quieren y me respetan los desconocidos, y allá sólo mis fieles amigos de antaño. Estoy cansado de trabajar en una empresa imposible, contribuyendo a que se diga que en la Argentina hay gente de valer, pero no que se los obliga a ir a ganarse el pan en el extranjero.

(Carlos Adam: *Bibliografía y documentos de Ezequiel Martínez Estrada* [La Plata: Universidad Nacional, 1968], p. 175.) Un poco más tarde, en un discurso pronunciado durante la cena anual de la revista *Cuadernos Americanos*, Martínez Estrada reiteró las razones de su actitud:

> Pues ocurrió primero que por haber revelado la índole hereditaria y crónica de los males que a mi juicio aquejan a mi país, y denunciando luego a quienes creí que debiéramos culpar de ellos, vine a encontrarme como extranjero en mi patria, perdidos algunos amigos ilustres, y ganados, otros apenas alfabetos; cerradas las puertas de diarios y revistas y señalado por índice de los amos de la patria. Arrojado, digo, a las ergástulas del pueblo...

(«Un año más de *Cuadernos Americanos*», *Cuadernos Americanos*, México, 19, v. 109, núm. 2 [marzo-abril 1960], 51-55.)

(9) César Fernández Moreno en dos agudos artículos sobre la lucha interior del ensayista se refirió a su temperamento extremoso:

> Suele encontrar mediocre lo bueno, malo lo mediocre y atroz lo malo. La natural polaridad de su mente lo lleva a desmesuradas oposiciones frente a los conceptos corrientemente aceptados.

(«Martínez Estrada frente a la Argentina», *Mundo Nuevo*, 1, [julio 1966], 37-47.) El segundo artículo, de título similar, apareció en el número de agosto de 1966 de la misma revista. Por otro lado, José P. Barreiro consideró las deformaciones como consecuencia de la exageración poética:

> Plétora de esbozos brillantes, muchas veces rayanos en la travesura dialéctica, con una policromía de esquemas paradójicos, que confirman el ingenio creador del poeta [...] las conclusiones que cincela sobre la psicología y la realidad de nuestra evolución histórica [...] resultan desconcertantes, escépticas y hasta demoledoras en aspectos que no merecían tanta crueldad exegética.

(*El espíritu de Mayo y el revisionismo histórico* [Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora, 1955], 156-157.) Juan José Sebreli, uno de los pocos críticos que ha dedicado un libro a Martínez Estrada, vio al ensayista como «... un intelectual argentino, perteneciente a la pequeña burguesía, aterrorizado por la crisis económica, decepcionado y escéptico». (*Martínez Estrada: una rebelión inútil* [Buenos Aires: Palestra, 1960], p. 21.) No se puede decir, sin embargo, que Sebreli representara ninguna posición oficial entre los marxistas argentinos. Juan Carlos Portantiero, por ejemplo, aunque consignando a Martínez Estrada y la generación de 1945 a un «liberalismo ineficaz y conformista», toma nota de cómo «en sus visiones proféticas latía la realidad de un país contradictorio que no había sido explicado, que contradecía la imagen que de él habían hecho las corporaciones y los profesores». (*Realismo y realidad en la narrativa argentina* [Buenos Aires: Procyón, 1961], p. 79.)

de tal enfoque, lo más que éste puede sugerir es el fracaso del hombre, pero no de su trabajo, y si sus contemporáneos encontraron dificultad en hacer la justa separación, ha llegado el momento de formular una valoración sobre la falta de impacto relativo que han tenido los ensayos que siguieron al éxito espectacular de *Radiografía de la pampa* (10).

De fundamental importancia para la comprensión del ensayo de Martínez Estrada es el concepto de historia que se revela en el conjunto de sus escritos desde *Radiografía de la pampa* hasta su obra póstuma, *Meditaciones sarmientinas*. Desde el principio se resistió a considerar la historia como una mera sucesión de batallas, vidas de grandes estadistas y fechas «claves». Instintivamente trataba de penetrar en profundos niveles de interpretación con los que fuera posible desvelar las razones de la frustración histórica argentina. Así, pues, en su obra de 1933 dedica capítulos enteros a las «fuerzas telúricas», «fuerzas psíquicas» y «seudo-estructuras».

A propósito de las razones que le movían, el ensayista escribió en 1958:

> La historia es morfología o anatomía de los hechos, y puede estudiárselos independientemente, por países y épocas; mas también la historia es fisiognómica de los hechos; revelan su sentido profundo, su alma colectiva, ecuménica y étnica..., tiene una faz fotogénica, diré así, que puede fijarse en los libros documentales como lo hacen los papirólogos; pero también una expresión viva, psíquica que sólo puede interpretarse por intuición, como hacemos con una persona que nos habla (11).

Su predilección por la segunda interpretación en cada caso pone de manifiesto su orientación historicista, no la tradicional (12). Dotado de una intuición poderosa que iba a desentrañar la clave del estigma histórico de la Argentina, Martínez Estrada se dispuso a construir, según la manera historicista, el paradigma, o estructura «invariante» (usando su propio término) de la historia argentina. Como una con-

---

(10) Espectacular hasta cierto punto. Aunque la obra llegara en 1968 a alcanzar la séptima edición, sólo obtuvo el segundo premio Nacional de Literatura de 1937, cuatro años después de la aparición de la primera.

(11) «Sobre *Radiografía de la pampa*», EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Leer y escribir*, ed. Enrique Espinoza (México: Joaquín Mortiz, 1969).

(12) La descripción que del historicista hace Karl Popper casi se anticipa a la afirmación del ensayista:

> El historicismo [...] es una reacción contra el método ingenuo de interpretación de historia política meramente como la vida de grandes tiranos y grandes generales. Los historicistas sienten, con razón, que debe existir un método mejor. Es este sentimiento el que hace su idea de «genios» —de una época, de una nación, de un ejército— tan seductora.

(*The Poverty of Historicism* [New York: Harper and Row, 1964], p. 148.) La primera edición apareció en 1957.

secuencia de tal orientación existía el peligro constante de distorsión. Una vez identificadas las invariantes de la historia, todo el transcurrir histórico se interpreta desde este punto de vista, e inevitablemente se cae en el error de deformar situaciones que no se ajustan al esquema, para hacerlas encajar en él. De aquí que un período de dinamismo constitucional en el curso de la historia argentina sea interpretado por el ensayista como época durante la cual las constantes del pasado siguen un curso subterráneo:

> La vida constitucional e institucional desde 1853 en adelante, tiene mayor dinamismo, una riqueza incomparablemente más variada en sus desarrollos melódicos y abarca más extensas áreas de la vida pública y privada. En cambio, a mi juicio, precisamente por esa diversidad de ornamentación los invariantes coloniales se profundizan y siguen su curso subterráneo, como no podía menos de suceder, o que se hospeden e inmovilicen encapsulados en los centros vitales de la vida constitucional (13).

Naturalmente el lapsus institucional subsiguiente aparecería como justificación de la idea del curso oculto, pero es evidente que se trata de una construcción *a posteriori,* que corresponde a un foco global anterior; esto constituye una deformación. Básicamente los ensayos histórico-sociológicos de Martínez Estrada pueden interpretarse como un intento de localización e identificación de ciertos patrones que, según él, se daban en la historia y el desarrollo institucional de la Argentina. Los excesos en los que incurrió en este intento se deben a su método intuitivo, que identificó cada vez más las tendencias históricas con las leyes universales. Esta tendencia al planteamiento intuitivo, no obstante, no es únicamente exclusiva del ensayista. Su contemporáneo Karl Mannheim señaló, en su momento, que el enfoque estructural de los cambios históricos llevaba consigo inevitablemente un elemento de intuición (14). No obstante, la carga intuitiva en el intento estructural de Martínez Estrada es tan sustancial, que la base empírica con

---

(13) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Las invariantes históricas en el Facundo* (Buenos Aires: Viau, 1947), p. 24. Un ejemplo casi idéntico se encuentra en *Radiografía de la pampa,* 6.ª ed. (Buenos Aires: Losada, 1968), p. 174: «Lo que llamábamos barbarie no había desaparecido, sino que se había refugiado en zonas neutrales esperando el momento propicio.»

(14) Nos equiparemos para enfrentarnos con las configuraciones históricas solamente a través de esta progresión gradual hacia estructuras concretas. Por cada fase intermedia de la tipología que pasemos por alto, tendremos como castigo que regresar al enfrentamiento *ad hoc,* a la improvisación en la cual la intuición ha de desempeñar un papel preeminente. Desde luego siempre se pueden tomar los hechos históricos en su valor nominal y ordenarlos sin el adecuado aparato sociológico, pero tal improvisada empresa, equipada solamente con sentido común, no dará un dominio estructural del material. *(Essays on the Sociology of Culture* [New York: Oxford University Press, 1956], p. 79.)

frecuencia se oscurece o llega a desaparecer. Advirtiendo al lector del *Martín Fierro* de Hernández, escribió:

> ...el Poema es un poema de la realidad histórica más que de la realidad étnica, moral y psicológica. La realidad histórica es un concepto más amplio y central que cualquier otro; se forma con los invariantes que a través de los siglos perpetúan a un pueblo como tipo de raza, de misión, con su fisonomía y su némesis [...] tiene un *ethos*, un rostro, un sino. Confundir en el Poema esos elementos invariantes con los episódicos, al Martín Fierro biográfico con el Martín Fierro histórico, la persona y el personaje, es desvirtuar el propósito expreso del Autor y el sentido de la Obra (15).

He aquí una promulgación clara del concepto de constantes históricas manifestándose a través de los siglos, desvelando gradualmente el destino nacional. En este momento, al menos, no hay intento de justificación causal. No obstante, puede entenderse que tal concepto encontraría un correlativo en términos de constantes humanas, y efectivamente Martínez Estrada rechazó la posibilidad de cualquier cambio real en la condición humana esencial, como si se tratara de algo ilusorio (16).

En la formulación de sus ideas sobre la repetición histórica, Martínez Estrada estaba, sin duda, influido por Oswald Spengler, por cuyas obras había manifestado predilección; existe, empero, amplia evidencia en el sentido de que esta influencia no se limitó al concepto de los ciclos históricos. De la misma manera que su famoso contemporáneo el conde de Keyserling, Spengler era un «teluricista» convencido y poca duda puede caber de que el joven Martínez Estrada fue sensible a pasajes como éste:

> El hombre primitivo es un animal *soliviantado*, [...] de sentidos agudos y ávidos, siempre en guardia para ahuyentar a cualquier elemento de la Naturaleza hostil. Una profunda transformación se produce primero con la agricultura [...]. El que cava y ara no pretende saquear, sino *modificar* la Naturaleza. Sembrar no implica tomar algo, sino producir algo. *Pero con esto el hombre mismo se convierte en planta* —es decir, como campesino—. Echa raíces en la tierra que labra, el alma del hombre descubre un alma en el campo, surge un nuevo apego vital entre hombre y tierra, un nuevo sentimiento. La Naturaleza hostil

---

(15) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, I (México: Fondo de Cultura Económica, 1948), p. 299.

(16) «El ser humano ve en torno suyo que todo cambia velozmente porque cambia él. Pero ni aun él cambia, porque se lo vuelve a encontrar inclinado sobre la misma vasija y al pie del mismo telar mil años más tarde. El concepto de inmovilidad mental es indispensable ahora, como lo ha fijado Boas, y el concepto de mística y magia de Lévy-Bruhl y Fraser.» *(Las invariantes históricas en el Facundo*, p. 9.)

> se convierte en amiga; la tierra se vuelve la *Madre* tierra. Entre el sembrar y el engendrar, entre la cosecha y la muerte, el hijo y el grano, una profunda afinidad se establece (17).

En efecto, uno de los principales postulados de *Radiografía de la pampa,* y que se encuentra reiteradamente a lo largo de toda la obra del ensayista, es que toda la experiencia colonial argentina, desde sus comienzos, fue una violación y una expoliación, completa antítesis de un entendimiento con la naturaleza. La conquista de la región del Río de la Plata, según Martínez Estrada, en lugar de constituir un enraizamiento desde el punto de vista institucional e histórico, produjo una raza flotante y desarraigada, «huéspedes trashumantes de nuestra propia patria» (18). Desde luego el historicismo no tiene por qué terminar en la formulación de tipo círculo cerrado a la que apunta el ensayista, aunque esté siempre abierto a serias objeciones respecto a sus premisas no racionales.

A pesar del atractivo que ejerce sobre la minoría la naturaleza altamente intuitiva de la mayor parte del pensamiento historicista, Martínez Estrada no se interesó por la idea de minoría selecta como salvadora intelectual. Este concepto ofrecía gran interés aún durante la década de 1930, actitud neoplatónica que Rodó había expuesto al comienzo del siglo y que fue más tarde desarrollada por José Ortega y Gasset y Oswald Spengler. En sus momentos más amargados, en efecto, como se ilustra en la última parte del período cubano, el ensayista tomó resueltamente partido contra los epónimos del mundo literario argentino (19). Una lectura superficial de las obras de esta etapa cubana puede inducir a la conclusión de que se trata de un período de producción decadente. A pesar de su enorme trabajo inconcluso sobre Martí y su voluminoso *Semejanzas y diferencias entre los países de la América Latina,* no hay duda de que la distancia de la *Radiografía* o *Muerte y transfiguración del Martín Fierro* a *El verdadero cuento del Tío Sam* y *En Cuba y al servicio de la revolución cubana* es inconmensurable. Se debe, no obstante, resistir a esta tentación. El período de 1961 a 1965, más que una decadencia representa una continuación y un desarrollo de la vena política y polémica que se encuentra a lo largo de la obra de Martínez Estrada y que es un exponente de una postura

---

(17) OSWALD SPENGLER: *The Decline of the West,* II (New York: Alfred A. Knopf, 1929), pp 89-90.

(18) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Cuadrante del pampero* (Buenos Aires: Deucalión, 1956), p. 205.

(19) Véase, por ejemplo, su «Réplica a una declaración intemperante», *Mi experiencia cubana* (Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1965), pp. 121-128. Aunque en la misma vena que los varios tratados propagandísticos que Martínez Estrada produjo en Cuba, éste ofrece la particularidad de que el ensayista ataca amargamente a figuras como Borges, Mallea y Bioy Casares.

básicamente temperamental. Sus contemporáneos argentinos, por ejemplo, no sólo conocían su agudo instinto analítico o brillantemente evocativo de *Heraldos de la verdad, En torno a Kafka* o *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson,* sino también las invectivas iconoclastas de *¿Qué es esto?, Cuadrante del pampero, Exhortaciones* y *Las 40.* El crítico en busca del ensayista creador preferirá, sin duda, examinar el primer grupo, pero el que investigue la personalidad esencial de Martínez Estrada se tornará cada vez más hacia el segundo. Además de la fuerte orientación historicista, se encuentra presente una concepción fundamentalmente moralista de la realidad histórica y política. Tal concepción, examinada cuidadosamente, revela una actitud contradictoria, de guerra personal contra todo lo referente a la idea de la autoridad y el estado moderno, y una profunda desconfianza hacia la progresiva erosión de los valores personales por el saber científico y la tecnología. En lo que se refiere al primer término, Martínez Estrada estaba convencido de la imposibilidad de coexistencia entre lo que él llamó el «instituto de fuerza» y el «instituto de derecho» que consideraba inherentes al estado, ya que, con frecuencia, el concepto de ley sólo servía como un disfraz de fuerza (20). De aquí que parezca natural que se opusiese a cualquier tendencia hacia la «despersonalización» o «deshumanización», compañeras inevitables del advenimiento de la sociedad tecnológica. La culminación de su visión moralista de la sociedad se expresó claramente en su *Análisis funcional de la cultura* (1960):

> El material específico de la cultura se confunde con el conjunto circundante de los bienes del confort doméstico y espiritual que la sociedad prepara y distribuye economizando esfuerzos y gastos superfluos al consumidor. Simultáneamente, pues, y por un juego de balancines, a medida que se eleva el índice del valor puro de la técnica de laboratorio y de su sección subordinada, la ciencia industrializada, desciende el del saber lúcido o sapiencial (21).

Esta antipatía por la «técnica de laboratorio» y sus efectos en la sociedad fue la base de sus frecuentes alusiones al peligro de «la cultura *kitsch*» para el hombre moderno. Estas actitudes, tomadas colectivamente, revelan lo que la sociología ha designado como una visión *Gemeinschaft* de la sociedad. Se trata en realidad de una visión del

---

(20) «Anverso del Estado», *La Nación,* 15 de agosto de 1954. En consonancia con esta postura estaba la creencia del ensayista de que la imposibilidad de tal coexistencia se debía a la perpetuación histórica de la barbarie, expuesta por Sarmiento, bajo la apariencia del mismo Estado. Véase, por ejemplo, *Las invariantes,* p. 8.

(21) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Análisis funcional de la cultura* (La Habana: Casa de las Américas, 1960), p. 66.

mundo que concibe a la sociedad a base de relaciones comunitarias (como opuestas a la asociación o relaciones contractuales), contando con las virtudes tradicionales de vecindad, interdependencia, caridad, etc. Esta orientación, implícita en *Radiografía de la pampa,* se acentuó más y más en los ensayos subsiguientes. Una interpretación admisible de *Cabeza de Goliath* (1940), por ejemplo, podría ser que la obra se encuentra gobernada fundamentalmente por una base de tipo *Gemeinschaft:* la aversión a la influencia deshumanizadora de la gran urbe, en este caso Buenos Aires, pero en realidad cualquier metrópoli. De la misma manera hallamos en *Sarmiento* (1946):

> Lo constante en un pueblo son sus sentimientos y no sus ideas, sus reflejos incondicionados de conducta social y no las adquisiciones del saber. Esto muere con cada individuo, pero sus gestos, como su inflexiones prosódicas, se propagan en los hijos y en los nietos. Eso es lo que se educa fuera de la escuela, lo que nosotros no hemos educado (22).

De manera que son los gestos naturales, los no técnicos, los que realmente simbolizan al pueblo. A veces Martínez Estrada, sin percatarse de ello, contrastó los conceptos de *Gemeinschaft* y *Gesellschaft.* Refiriéndose a la visión de la civilización expuesta por su mentor (23), afirma:

> Para Sarmiento civilización era todo aquello que había hecho de Inglaterra y de los Estados Unidos naciones poderosas, industrialmente desarrolladas, comercial y socialmente organizadas, económica y culturalmente eficaces; pero no se había preguntado qué diferencias y concordancias hay entre la barbarie de los pueblos primitivos y la civilización de los pueblos decadentes. La grandeza que Sarmiento anhela es precisamente la grandeza que encubre la injusticia, la crueldad, la infamia, la codicia. Transportar esos adelantos brutos era agregarles una calamidad científicamente establecida a una calamidad libre y campesinamente engendrada [...]. Sin un plan social de justicia, el progreso es una maldición (24).

De forma que el ensayista establece una dicotomía *Gemeinschaft/ Gesellschaft* en términos de los «pueblos primitivos» y «civilización de pueblos decadentes», «calamidad campesinamente engendrada», y «calamidad científicamente engendrada». De la misma manera, en el ensayo que posiblemente expone con más claridad el aspecto *Gemein-*

---

(22) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Sarmiento* (Buenos Aires: Argos, 1956), página 72.

(23) Debe recordarse que a pesar de la crítica a muchos de los dictámenes de Sarmiento, Martínez Estrada estuvo muy influido por él, hasta el punto de considerarse a sí mismo como su «fidelísimo discípulo». Véase *Meditaciones sarmientinas* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1968), p. 106.

(24) *Sarmiento,* p. 110.

schaft, Martínez Estrada afirma de nuevo este concepto de «comunidad» de la Argentina, se trata de las *Exhortaciones:*

> Mi pueblo, que es el vuestro, ha sido inducido a la violación más pecaminosa y funesta de la ley, que no consiste en violarla por el delito o la transgresión, que entonces puede castigársela y hasta llegar a ser saludable, sino burlarla por el fraude [...]. Sin una rígida norma de conducta, un pueblo civilizado se coloca o debe ser colocado debajo de los pueblos salvajes, ágrafos o primitivos [...]. Hacer comprender al pueblo, por la incontrastable potestad de la autoridad ética, que un juez es más poderoso que un presidente de la república, y que un general del ejército [...] tan respetable como una madre y como un sacerdote cuando lo es de verdad. Y demostrad lo que sois. Para invocar ese poder sagrado e inmenso no tenéis en la mano la espada de la justicia, ni los Evangelios, sino las tablas de la ley (25).

Como se percibe fácilmente, este pasaje está repleto de alusiones que señalan a una concepción de la sociedad como «comunidad», que constantemente interpreta los problemas a nivel moral. La referencia bíblica en la última línea sirve para confirmar la impresión de que se trata de una invocación provocada por una ira casi profética, cuya presencia se percibe desde el principio. Es de tenerse en cuenta, asimismo, que el ensayista concede igual importancia a la madre que al verdadero sacerdote. Tales concepciones, para resumir, no podían estar más alejadas de las relaciones contractuales, intereses comerciales, del concepto de sociedad como «asociación». De aquí que puedan surgir espontáneamente ciertas tendencias hacia lo que se podría denominar complejo «conspiracional», experimentado cuando tales valores de «comunidad» se ven amenazados por la sociedad «contractual».

Las implicaciones de esta dicotomía como método de análisis de los ensayos de Martínez Estrada tienen incluso una significación más honda en relación con el concepto de civilización y barbarie en el ensayista. Hacia el final de la *Radiografía de la pampa,* rechaza la oposición que de estos términos hace Sarmiento en el *Facundo;* Martínez Estrada los consideraba como partes integrantes de una misma realidad (26). Es decir, que el primitivismo de las áreas rurales había llegado a la ciudad (idea central en *Cabeza de Goliath),* donde se fundió en las manifestaciones de la civilización moderna, defendida por Sarmiento (27). En este punto, no obstante, conviene que hagamos una aclaración. De lo dicho se desprende que, según Martínez Estrada, la sociedad argentina está construida sobre una barbarie perpetuada históricamente

---

(25) Ezequiel Martínez Estrada: *Exhortaciones* (Buenos Aires: Bumichón Editor, 1957), pp. 13-14.

(26) *Radiografía de la pampa,* p. 241.

(27) *Sarmiento,* p. 171.

hasta nuestros tiempos. La barbarie que concibe Sarmiento era, según Martínez Estrada, una forma de civilización, y la civilización moderna preconizada por Sarmiento, a causa de la acción despersonalizadora, empalma con la barbarie histórica de la sociedad argentina, tal como la ve Martínez Estrada. De aquí que

> El problema quedó desfigurado más bien que simplificado [en Sarmiento]. No había tal barbarie, sino formas renitentes de la civilización, tradiciones de religión, mando, pereza, inmoralidad, codicia, crueldad influyendo activamente en sentido contrario al esfuerzo por realizar una experiencia nueva de orden, justicia, trabajo y progreso (28).

De modo que el ensayista rechaza la civilización moderna y aboga por una visión de la Argentina que muchos pensadores han consignado como barbarie, y que él considera ser «civilizada» a causa de su autenticidad en términos humanos. Tal acepción corresponde a un punto de vista de la realidad tipo *Gemeinschaft;* que se opone a la «cultura *kitsch*» o «cultura mecanizada» de la civilización moderna. De aquí que quepa expresar la visión de la sociedad de ambos escritores en los siguientes términos:

Sarmiento favorece la civilización *(Gesellschaft)* contra barbarie *(Gemeinschaft)*

y

Martínez Estrada favorece la civilización *(Gemeinschaft)* contra barbarie *(Gesellschaft)* (29).

* * *

En este intento básico de fijar los puntos esenciales de la ideología de Martínez Estrada se encuentra otra dimensión que es menos accesible a una descripción concreta pero no por eso menos real. Nos referimos a cierta mística o mistificación que el pensador usa a veces para evocar la naturaleza «auténtica» de un fenómeno dado. La obra más representativa en este aspecto es *Radiografía de la pampa.* Las referen-

(28) *Ibid.*, p. 89.

(29) Si bien la antítesis *Gemeinschaft/Gesellschaft* que hemos delineado es útil para describir algunas tendencias fundamentales en Martínez Estrada y su concepto de Sarmiento, cabe recordar que no es nuestro propósito aquí formular una conclusión definitiva sobre los dos autores. Si hemos aseverado la importancia del aspecto «comunidad» en casi toda la obra de Martínez Estrada, constituiría una exageración el afirmar que el aspecto «asociación» prevalece en la totalidad de la de Sarmiento. En realidad, el paternalismo básico de Sarmiento, junto con su tendencia a considerar Argentina como un vasto experimento educacional, bien puede considerarse como parte de las actitudes *Gemeinschaft* en su contexto más amplio.

cias consignadas al principio de este ensayo a las fuerzas particulares que Martínez Estrada vio como fundamentales en la configuración del carácter argentino, y en particular de lo telúrico, pueden ser consideradas conjuntamente como integrantes del concepto de la mistificación. Prácticamente sin excepción, la tierra, la desnuda realidad prehistórica, o el subsecuente desarrollo geopolítico, son una fuerza negativa para Martínez Estrada. Según su interpretación, la presencia espiritual de la tierra actúa siempre en contra del hombre, casi en venganza animada por la negación de entendimiento de su realidad desde el primer impacto en tiempos coloniales. La tierra aparece dotada de una voluntad propia, inexorable y terrible:

> Todo ese dominio de naturaleza, recintos en que la tierra defiende intactas su gea, su flora y su fauna, son confines a los que el hijo de la llanura fue arrojado y donde se extinguirá. Lo demás, la tierra plana, la pampa litoral y central es Argentina, la tierra de Europa, la tierra del blanco. Pero entre esa pampa fértil, nueva, y aquel mundo oscuro, antiguo, está el hijo del blanco y de la india que tiene que optar y que tardará centenares de años en decidirse, dejándolo todo en suspenso hasta ese día (30).

Esta idea surge emparejada invariablemente con un hondo sentido de fatalismo, con la convicción de que la violación inicial de la naturaleza ha demandado un precio, una reparación, a lo largo de los siglos. Una reparación que nunca se podrá pagar; el «pecado original» que carece de absolución: «... la tierra es la verdad definitiva, la primera y la última: es la muerte» (31). La mística de la tierra es realmente una presencia espiritual, una fuerza que se hace sentir de múltiples maneras; Argentina puede optar por ignorarla, pero, dice Martínez Estrada, será inútil; el intento sólo servirá para reforzar la conciencia de su presencia (32). Según el autor, José Hernández es uno de los escasos escritores que ha logrado transferir la realidad de esta mística de la tierra a la literatura. Evocando el final del *Martín Fierro* como ejemplo de la implacabilidad de las fuerzas de la tierra, Martínez Estrada afirma:

> Tenemos en el *Martín Fierro* un cuadro más cercano a *La Araucana* que a la actualidad. Adviértase, además, que los temas, los temas como condensación de un *status* no registrado, corresponde a la etnología, la

(30) *Radiografía de la pampa,* p. 130.
(31) *Ibíd.*, p. 16.
(32) La tesis de que el argentino (y por extensión el americano) usa la cultura para mantener a distancia la realidad espiritual del continente, imposibilitando así el encuentro con la propia identidad, ha sido desarrollada por un discípulo de Martínez Estrada. Véase H. A. MURENA: *El pecado original de América* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1965).

> antropología y a la prehistoria más bien que a la cultura [...]. Los hechos tienen también una técnica equivalente a la herramienta rudimentaria; sólo las reflexiones levantan al ser humano sobre el ínfimo nivel de las cosas. Cosas y hechos pertenecen a un mundo de cultura barbarizado, y los personajes se debaten como náufragos para no ser arrastrados por la corriente que todo lo destruye (33).

No hay duda de que este párrafo es brillantemente evocativo, pero es también un buen ejemplo de que el uso de tales efusiones intuitivas presupone una actitud similar en el lector (34). Por otra parte, esta actitud es imprescindible en el intento de comunicación de una mística. Con tal afirmación, no obstante, hemos vuelto a la objeción básica al método historicista de Martínez Estrada: imposibilidad de comunicación por medio de un procedimiento místico. Sin duda, en defensa propia, el ensayista hubiera aducido que tal lenguaje era el único adecuado para la expresión de sus llamadas «verdades profundas», que no eran susceptibles de descripción racional y lógica. No obstante, es claro que la preferencia por el planteamiento intuitivo contribuyó a la creación del síndrome de complejo de paria, característica de los escritos de la última época. En tal situación, la del individuo ciegamente convencido de la veracidad de sus teorías sobre la realidad y la historia «verdaderas» de su país, hay una tendencia evidente a imputar mala fe a los que no quieren o no pueden aceptarlas. De aquí a la aparición del complejo de persecución y alejamiento creciente del mundo hay poca distancia.

A poco que se reflexione, resulta claro que la atención concedida por Martínez Estrada a la mística de la tierra cae dentro de la actitud historicista general que hemos venido trazando. En una vuelta a la afirmación inicial sobre la necesidad de considerar la *Weltanschauung* del ensayista, percibimos una concepción fatalista del hombre a merced de las fuerzas sobrenaturales a través de la historia. Encerrado en su concentricidad cultural; engendrado, como hemos visto, en la viola-

---

(33) *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, II, 476-477.

(34) Uno de los peligros más evidentes de la evocación intuitiva (o altamente imaginativa) de una realidad telúrica es precisamente la dificultad de delimitación no sólo de la esencia del concepto mismo, sino también de la propia imaginación. El mismo Martínez Estrada dio alguna vez la impresión de dejar correr su imaginación a rienda suelta, cuando quizá un planteamiento más disciplinado hubiera sido más útil. Considérese, por ejemplo su visión de lo telúrico en Martí:

> Todo lo que la naturaleza produce, para Martí es venerable, pero en su misma forma de acción y reacción instantáneas, no de culto o rito pagano. Las plantas más que los animales como seres absolutamente elementales, replegados en sí mismos, identificados como seres intrauterinos de la madre tierra, todavía en simbiosis con ella, pacientes, silenciosos y benéficos. (EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Martí revolucionario* [La Habana: Casa de las Américas, 1967], p. 389.)

ción original de la naturaleza perpetrada por el hombre, la cual, unida al complejo de *hijo humillado* inherente al hombre americano, forma el *pecado original* de América. La redención, y el término no podía ser más adecuado dado el contexto, puede ser solamente parcial y no se trata, en realidad, de un bautismo; consiste en enfrentarse con la terrible realidad espiritual de América y llegar a su aceptación: «Tenemos que aceptarla con valor, para que deje de perturbarnos; traerla a la conciencia para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud» (35). El enfrentamiento con esta realidad no la abolirá, pero su reconocimiento significará una liberación personal.

De esta forma, Martínez Estrada vino a «liberar», a «redimir», a partir de *Radiografía de la pampa,* pero la posteridad ha demostrado que el suyo fue un predicar en desierto. Sólo su encuentro con la personalidad de Martí podría ofrecer algún consuelo a su vida gastada en frecuentes desilusiones, abierta hostilidad y fundamental incomprensión. Dados algunos de los elementos ideológicos que hemos venido caracterizando, actitudes historicistas, orientaciones *Gemeinschaft/Gesellschaft,* místicas, etc., esta conclusión no carecería de base lógica, ya que procedía de una actitud ideológica que, en definitiva, reduciría el alcance de su obra.

Queda por considerar hasta qué punto las características de la ideología de Martínez Estrada, y en particular su pesimismo, intuición y las deformaciones en que cayó, fueron consecuencia de factores que afectan a la posición del intelectual en general. En una descripción que podía haber sido escrita pensando en Martínez Estrada, Karl Mannheim afirma:

> La persona que debe enfrentarse con las consecuencias diarias de sus acciones no puede menos de adquirir hábitos pragmáticos y una visión crítica dentro del radio de su práctica vocacional. El intelectual carece de algunas de estas coerciones. No se enfrenta con obstáculos cuando habita en la perspectiva a largo alcance de las cosas, o en un nivel de abstracción en el que no ha de sufrir consecuencias. Ideas que no pueden errar fácilmente se convierten en un fin en sí mismas y en una fuente de intoxicación solitaria. El pensador a quien los acontecimientos no pueden refutar, se expone a que se le olvide el propósito fundamental del pensar: llegar a conocer y a prever a fin de poder actuar. A veces el idear libre y sin trabas invita a la creación de ilusiones de grandeza, pues la mera capacidad de comunicar ideas sobre cuestiones difíciles engaña en cuanto parece un dominio completo de ellas. De ordinario las teorías particulares de individuos en estado de reclusión no causan mayores perturbaciones, pero en un momento de crisis puede que el éxtasis intelectual se arraigue en terreno fértil (36).

---

(35) *Radiografía de la pampa,* p. 342.
(36) KARL MANNHEIM: *Essays on the Sociology of Culture,* p. 160.

Aun si se tienen ciertas reservas justificadas acerca de la existencia de un «éxtasis intelectual» en Martínez Estrada, no cabe duda de que el ensayista poseyó la mayoría de las características señaladas por Mannheim. Con toda probabilidad el sociólogo se refería al auge de las dictaduras europeas en la década de 1930, pero los conceptos igualmente podrían aplicarse a la Argentina. Cuando llegó la crisis de 1945, fue la llamada populista a las armas de Juan Domingo Perón la que encontró terreno fértil, mientras que la llamada a la autenticidad de Ezequiel Martínez Estrada, inevitablemente limitada, como hemos señalado, a un público minoritario, encontró únicamente un terreno yermo.

JAMES MAHARG

Dp. of Romance Languages
Univ. of Michigan
Ann. Arbor, Mich. 48104 (USA)